ALBUM GUADALUPANO.

15

seres colectivos, no hay juicio final ni otra existencia, en ésta son premiados ó castigados: así lo enseñan la fe y la razón, y así lo tiene comprobado la experiencia de los siglos. México, como nación, ántes que todo lo demás, dos cosas tiene que pedir: perdón por su pasado y paz para su porvenir. Esta será la plegaria más propia de un pueblo creyente, arrepentido y desgraciado.

La lisonja es engaño, desamor é injuria. La verdad es el solo lenguaje digno del verdadero amor. México es muy niño, ni un siglo tiene de vida, y ya ha dado, sin embargo, durante su corta existencia, pasos de gigante, por el sendero de la maldad, y por los ásperos y tortuosos caminos del crímen. Los delitos de su pasado le están obstruyendo el porvenir, que solo volverá á abrírsele si lo ablanda con lágrimas de un sincero arrepentimiento.

XII

La independencia es un gran bien, y todos los pueblos pronuncian con dulcísima ternura los nombres de los héroes que se sacrificaron por darles patria. México pagó tan inestimable beneficio, dándole muerte á su libertador, á virtud de una ley dictada por el ódio y que no pudo llegar á conocimiento del por ella condenado, y en fuerza de una sentencia inícua en que fué violada hasta la aritmética. Y no le bastó matarlo con tan espantosa iniquidad y tan grande afrenta, sino que selló despues la losa de su sepulcro con el ódio y con la infamia. Este primer crímen de México independiente, hizo gemir horrorizada á la naturaleza.

Despues, apénas nacido á la vida propia, siguiendo los pérfidos consejos de un enemigo artero, estableció con las logias masónicas un poder anónimo, oculto é irresponsable, que sembró los gérmenes de todas las divisiones intestinas y las guerras fratricidas, y cuya primera manifestación de su tenebrosa soberanía, fue la expulsión de los españoles, no la de los que con las armas habían combatido la independencia, sino la de los pacíficos padres de las familias mexicanas á las que dejó arruinadas y huérfanas. A ellos los arroja en los postreros días de su ancianidad, á un ostracismo en que perecieron de dolor y de miseria, y á sus familias las condenó á un luto eterno.

Los tremendos delitos de nuestra infancia tenían que hacer horrorosos y más criminales aún los días de nuestra juventud. Teniendo la misma religión y la misma sangre, las mismas costumbres y los mismos intereses, nos sentimos poseídos de repente por una furia inexplicable y frenética, que nos arrojó á todos los horrores de una guerra civil llena de saña é interminable, y que agotando nuestra sangre y nuestra energía, nos hizo la presa fácil de unos cuantos ambiciosos.

Indignado el Cielo de tanta maldad, permitió que un vecino tan injusto como poderoso, nos declarase por arrebatarnos la mitad de nuestro suelo, una guerra que por su iniquidad y cinismo hubiera escandalizado hasta á los pueblos bárbaros y á los siglos gentiles. En vez de defender nos con toda la energía de nuestra radiante justicia y la indignación de nuestro derecho tan brutalmente ultrajado, desertamos del frente del enemigo para desgarrarnos en su presencia las entrañas, por quién sabe qué viles intereses y qué bastardas pasiones!

Más tarde, despues de marchar durante muchas, y muy largas y tristísimas jornadas, sobre charças de sangre, montones de iniquidades é infectos pantanos de podredumbre, llegamos á la meta del delito, hicimos desbordar la copa del pecado, con una apostasía oficial, tan pavorosa como inexplicable. Se comprende sin excusarla que la Alemania inflamada por el soplo casi infernal de Lutero, amenazada por la maza del Elector de Sajonia y la espada de Gustavo Adolfo, y casi sofocada con los cordeles con que la estrangulaban á un tiempo tantos reyezuelos sensuales y codiciosos, haya apostatado: tambien se comprende la apostasía de Inglaterra, aterrorizada ante la bárbara tiranía del monstruoso Enrique VIII y tan tenazmente martirizada por la cruel perfidia de la perseguidora Isabel. Pero que á México, un pueblo tan originaria, universal y sinceramente católico, se le haya deprimido en su conciencia religiosa, hasta hacerle tolerar la

apostasía oficial, consumada en su nombre é invocando para ella su felicidad, es un fenómeno absurdo y monstruoso, que solo puede explicarse como un tremendo castigo sobrenatural, como el terrible cumplimiento de la amenaza santa: el abismo llamará al abismo.

Aunque el pueblo no haya apostatado, basta que no haya impedido esa apostasía de sus poderes públicos, para que cargue el reato y sufra el castigo de tan espantoso y tan innecesario delito. Se aproxima el momento propicio para implorar y obtener el perdón de nuestros pasados extravíos, y de pedirle á Dios por intercesión de la Virgen Santísima, cuyo poder es tan grande como su bondad, de pedirle como David, que no se acuerde más «de las ignorancias y delitos de nuestra juventud.»

ХШ

Una vez reconciliados con Dios, quedaremos reconciliados con nosotros mismos, y como prenda de su reconciliación con Él, nos concederá la paz, la santa y fecunda paz, que es el primer fundamento de todo orden social, y de la que manan como de su fuente, la dicha de los individuos, la felicidad de las familias y la prosperidad de los pueblos.

Perdón y paz, esta debe ser nuestra plegaria. En ella deben confundirse como en un himno gigantesco, las voces de todas nuestras clases sociales, y todos debemos cooperar al acto tan profundamente piadoso como hondamente trascendental de la coronación de la Santísima Virgen de Guadalupe, con todo el esfuerzo de nuestro poder y con todos los elementos que la Providencia haya puesto en nuestras manos, para el cumplimiento de nuestra misión sobre la tierra.

El libro que publicamos es el pequeño grano de arena con que cooperamos á obra tan grande y tan meritoria. Jornaleros del pensamiento, no poseemos por todo haber más que la palabra escrita, y una ráfaga de publicidad sobre la que la hacemos cabalgar, para enviarla á los cuatro vientos. Ofrecemos cuanto tenemos: como el de Schiller, nuestro solo reino es el del pensamiento y nuestro ministro con alas la palabra.

